

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# **Recomposiciones comunitarias del catolicismo en la sociedad urbana en Argentina. Un estudio de cuatro grupos católicos (1996- 2001).**

Verónica Giménez Béliveau.

Cita:

Verónica Giménez Béliveau (2004). *Recomposiciones comunitarias del catolicismo en la sociedad urbana en Argentina. Un estudio de cuatro grupos católicos (1996- 2001)*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/724>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Recomposiciones comunitarias del catolicismo en la sociedad urbana en Argentina. Un estudio de cuatro grupos católicos (1996- 2001)<sup>1</sup>**

Verónica Giménez Béliveau (UBA/ Ceil-piette (CONICET)

El presente trabajo aborda la problemática de las transformaciones del lazo social en el contexto de las comunidades católicas en Argentina entre 1996 y 2001. Partiendo del análisis de cuatro grupos que reivindican su pertenencia a la Iglesia, y que proponen formas de comunalización diferenciadas al interior del catolicismo, me he propuesto abordar la temática de la construcción de identidades, de la elaboración de una memoria comunitaria diversificada de la institucional, y de la consolidación de una estructura de autoridad que encuadre a la comunidad y defina los límites del grupo y las jerarquías al interior de éste.

El trabajo con las sociabilidades al interior del catolicismo contemporáneo requiere de una contextualización histórica cuidada: los fenómenos estudiados no pueden ser comprendidos sin rastrear sus antecedentes. El lazo social al interior del catolicismo se constituye siguiendo la doble dinámica de su pertenencia a la Iglesia católica y a la sociedad en la cual se desarrolla, de ahí la importancia de establecer una genealogía de las sociabilidades en el campo católico argentino. El abordaje aquí elegido para intentar comprender el catolicismo es el de considerarlo como un hecho social complejo y de múltiples facetas, sin restringirlo necesariamente a la esfera de lo religioso, espacio dentro del cual la Iglesia católica no ha aceptado circunscribirse históricamente. En Argentina (como también en otros contextos latinoamericanos y europeos)

el catolicismo constituye un lugar social en el que se elaboran representaciones que operan sobre la sociedad en general, con mayor o menor intensidad según el período histórico: en efecto, distintos espacios del catolicismo han sido frecuentemente instrumentalizados por actores políticos en busca de legitimidad, y la Iglesia católica y sus integrantes han jugado roles de importancia en la escena pública del país. La cultura política argentina ha sido modelada, entre otros actores importantes, por la Iglesia, que ha ocupado un lugar central, tanto por la intervención directa de sus jerarquías como por la acción individual de los miembros de la institución.

Ahora bien, a partir de los años '70 y '80 el país asiste a un proceso social, económico y político que implica el desmantelamiento del Estado nacional, a través de la implementación de políticas económicas y sociales neo-liberales, y de procesos de privatización. El Estado pierde progresivamente su capacidad de imponer regulaciones sobre la sociedad, y la Iglesia, que se había constituido en paralelo con el Estado, se ve también sometida a este movimiento de pérdida de influencia de las grandes instituciones de sentido.

La caída de la dictadura y la consolidación de la forma de gobierno democrática muestran un paisaje religioso transformado, en el que la Iglesia no es ya la organizadora monopólica de las creencias. La liberalización de la vigilancia militar sobre la sociedad activa la mayor visibilidad de grupos religiosos no católicos: evangélicos pentecostales, grupos afro-brasileños y comunidades New Age caracterizan definitivamente un espacio de creencias pluralizado.

Esta pluralización se vuelve evidente, también, al interior de la Iglesia, que ve multiplicarse las comunidades que, reivindicándose católicas, reclaman espacios de autonomía al interior de la institución. Se tejen así, al interior del catolicismo, formas innovadoras de gestión del lazo social. La emergencia del fenómeno comunitario crea espacios cargados de sentido, donde el lazo social se “recalienta”: los fieles construyen una identidad católica en la que las pertenencias comunitarias priman sobre los lazos con la institución. Estos movimientos<sup>2</sup>, aún mostrando una gran diversidad de objetivos y de carismas, comparten algunos ejes de acción: no han sido fundados directamente por las jerarquías eclesiásticas (por obispos), sino por religiosos, laicos o sacerdotes en tanto que iniciativa personal; en general surgen para hacer frente a las necesidades de los laicos; acentúan la importancia de la experiencia individual de la relación con lo divino; y reclaman, más o menos explícitamente, grados de autonomía en relación con la institución. Las prácticas de estos movimientos se organizan frecuentemente alrededor de momentos de fuerte intensidad emocional, que los miembros de los grupos identifican como rupturas en sus relatos biográficos.

### **Perspectiva epistemológica y metodológica**

Para la realización del trabajo de campo de mi tesis elegí cuatro grupos católicos: la Renovación Carismática Católica-RCC, los Seminarios de Formación Teológica-SFT, el Instituto del Verbo Encarnado-IVE, y la

Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino-FASTA. Estos grupos nacen entre los años '70 y '80 en Argentina, y se caracterizan por su crecimiento sostenido durante los años '90, así como por las negociaciones complejas que establecen con la Iglesia para preservar sus espacios comunitarios sin concretar un alejamiento de la institución. En el siguiente párrafo, explicitaré las elecciones epistemológicas y metodológicas que estructuraron la elaboración de mi tesis.

La perspectiva epistemológica y metodológica de mi tesis parte de la consideración de la sociedad como una trama de sentido que el investigador puede interpretar. Las instituciones, las prácticas, lo dicho y lo no-dicho, son hechos a los que los sujetos atribuyen un sentido, sentido que me he propuesto comprender, a través de la interpretación de las prácticas y del discurso de los individuos y de los grupos. Para ello, he elegido partir de la perspectiva de los actores, un camino largo pero fructífero. Elegir la perspectiva de los actores implica, en efecto, no imponer categorías preconcebidas a los fenómenos estudiados, sino construir categorías de análisis a partir de los datos surgidos del campo y de las problemáticas de los miembros de los grupos. Los conceptos utilizados como herramientas para la interpretación son situados, y dan cuenta de las realidades analizadas con precisión, validez y coherencia. Los datos así construidos no pertenecen sólo al investigador, sino que constituyen una construcción colectiva entre los protagonistas de los hechos sociales y la perspectiva científica del que los interpreta.

La elección de esta perspectiva de análisis exige un trabajo de campo extenso para entender en profundidad las estructuras de las comunidades y las transformaciones de las relaciones con la Iglesia y con la sociedad. Así, he efectuado estadias de campo de distinta duración en cada uno de los grupos estudiados, todas marcadas por la continuidad de mis relaciones con los actores: trabajé cuatro años con la Renovación Carismática Católica (1997-2001) y con los Seminarios de Formación Teológica (1996-2000), dos años con el Instituto del Verbo Encarnado (entre 1999 y 2001), y un año con la Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino (2000).

Con el propósito de abordar el análisis de las comunidades a partir de múltiples ángulos, elaboré una estrategia metodológica cuyas bases son la entrevista activa, la observación y el análisis de los textos del grupo como las herramientas privilegiadas de recolección de datos. La entrevista activa me permitió profundizar las motivaciones que los protagonistas atribuyen a sus prácticas, sus percepciones de la realidad y de su propia experiencia personal y comunitaria, y también abordar las estructuras conceptuales complejas, superpuestas y entrelazadas que constituyen la trama social. Analizo el material discursivo obtenido en las entrevistas considerándolo como fragmentos de textos orales a través de los cuales los miembros de los grupos se explican y se representan, resignificando y recreando las pertenencias a la comunidad y a la institución. La técnica de la observación ofrece un contrapunto indispensable a la entrevista, dado que permite recoger las impresiones de los procesos dinámicos en el momento mismo en que éstos se están desarrollando, y estudiar los elementos de la vida de los grupos que no pueden ser expresados y codificados por el lenguaje. Esta técnica supone un

doble rol de parte del investigador, dado que implica a la vez un compromiso con las experiencias con el grupo observado y un distanciamiento para identificar, interpretar y profundizar los hechos y los significados sociales estudiados. El trabajo sobre la riqueza de los gestos, las significados de la puesta en escena de la liturgia, la apropiación del espacio, enriquecen el análisis presentando elementos nuevos para comprender los lazos sociales, las relaciones de poder, las formas de organización que definen las especificidades socio-religiosas del grupo. Los materiales producidos por las comunidades son abordados considerando que el texto publicado (tanto las publicaciones periódicas como los volúmenes, el material audio o los panfletos y volantes), es el soporte principal a través del cual los grupos intentan fijar discursivamente las representaciones de sí mismos y del mundo que pretenden transmitir a sus miembros, efectivos o potenciales, y a la sociedad.

### **De la construcción del sujeto creyente a la consolidación del grupo: la elaboración de una memoria comunitaria como eje de las definiciones identitarias**

El análisis de los datos surgidos del trabajo de campo me llevó a organizar la segunda parte de mi tesis alrededor de tres ejes, la construcción del sujeto creyente, la consolidación de las estructuras comunitarias y la movilización de los relatos de memoria y de utopía.

El primero de los ejes de mi análisis se centra en la construcción del “sujeto creyente”. El trabajo con las trayectorias de los fieles antes, pero sobre todo luego de su contacto con la comunidad me permitió una primera caracterización del fenómeno del crecimiento comunitario: no se trata de una expansión fuera de los límites del catolicismo, sino más bien de una re-inversión identitaria dentro del catolicismo mismo. Las comunidades estudiadas no reclutan sus fieles fuera de las fronteras de la Iglesia, y casi ni siquiera entre los católicos “nominales” o “periféricos”, sino en ese nudo neurálgico de los católicos que, por su historia de compromisos anteriores con la institución y por los medios en los que se desarrolla su sociabilidad, están dispuestos a comprometerse activamente en un movimiento comunitario. Se trata de una recarga de determinadas características y principios (muy diferenciados según los grupos) que se desarrollan en el interior del catolicismo, y ocupan cada vez más espacio dentro de las estructuras eclesiales.

El segundo eje de análisis es la construcción de la comunidad misma. La comunidad aparece como el espacio de articulación de las prácticas individuales de los creyentes con la dinámica centralizadora de la institución. La comunidad se ubica, en efecto, en el centro de las actividades de los fieles: éstos se reúnen para leer la Biblia, para formarse para preparar publicaciones, para organizar celebraciones. La comunidad se convierte así en el espacio regulador fundamental: es en el ámbito comunitario donde se moldean las experiencias individuales, y donde se crea y se recrea la pertenencia al catolicismo a través de las relaciones que los miembros de los grupos establecen entre sí. La comunidad organiza espacios de sociabilidad que



fundan el lazo social que cada uno de los grupos sostiene y promueve: la forma de concebir el catolicismo de cada comunidad impregna los intercambios de los individuos entre sí, las estructuras de gobierno comunitarias y el ejercicio de la autoridad. Una de las características relevantes de las comunidades es su afirmación en tanto que espacios de compromiso extraordinario que se opone, en grados diferentes según los grupos, a la sociedad moderna, y más o menos explícitamente a las prácticas ordinarias de la Iglesia. Esta oposición se articula alrededor de polos variados. Las comunidades construyen así una relación a la temporalidad que insiste en los elementos extraordinarios y extracotidianos, y los utiliza para profundizar los sentimientos de pertenencia al grupo. El tiempo de la comunidad, separado del tiempo « del mundo », se consolida como uno de los ejes de construcción de la utopía comunitaria.

Las comunidades proponen formas de sociabilidad diferenciadas unas de las otras, que constituyen a su vez tipos de comunialización diferentes. Sin embargo, la estructuración de la distribución del poder al interior de los grupos reconoce rasgos comunes que sería interesante destacar. En efecto, las comunidades proponen estructuras de funcionamiento compuestas de « lugares sociales » : espacios destinados a los líderes, espacios reservados a los « virtuosos », la « congregación ejemplar » weberiana, y lugares más abiertos, menos regulados, para los adherentes. Estos espacios al interior de la comunidad están marcados por sociabilidades diferentes y por ritmos desiguales de circulación de la información, pero se articulan entre ellos, especialmente durante los momentos fuertes de las celebraciones masivas.

El tercero de los ejes del análisis se centra en la movilización de la memoria y la construcción de un relato utópico. La elaboración de un relato de memoria funda la doble dinámica de construcción de la identidad comunitaria y de reinserción institucional. Contar los orígenes del grupo, inscribiéndolo en un linaje de creencias que lo asocie a los orígenes del cristianismo, reafirma los rasgos específicos que la comunidad desea subrayar, al mismo tiempo que intenta consolidar la pertenencia del grupo a la Iglesia.

La construcción de un relato que legitime las prácticas de la comunidad al interior de la tradición cristiana se apoya especialmente en el trabajo simbólico alrededor de dos momentos clave: el tiempo mítico del hecho fundador del cristianismo, y el momento igualmente mitificado de los orígenes de los grupos durante los años '70 en Argentina. Por otro lado, la elaboración de un discurso comunitario sobre el Concilio Vaticano II, hecho clave de la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX, permite a las comunidades expresar su adhesión institucional y abrir vías de legitimación en relación con las jerarquías de la Iglesia. El dispositivo de memoria se completa con la elaboración de una genealogía imaginaria que garantiza continuidad con el pasado, y que proyecta la comunidad hacia el futuro. Los testigos de sentido, elegidos por los grupos de la reserva de símbolos de la tradición cristiana, de la historia y de los mitos de América Latina o de la propia experiencia comunitaria, son figuras a la vez cercanas a los fieles e insertas en una genealogía de memoria, confirmando así los lazos entre el presente de los grupos y las fuentes de las creencias. Las modalidades de construcción del relato de memoria responden a los rasgos

específicos que la comunidad quiere destacar a partir de lo que a ella le importa para el presente del grupo.

La construcción del relato del nacimiento de la comunidad y de los años 70 , en tiempos considerados turbulentos, sigue la afirmación de los rasgos identitarios de las comunidades. A través de la caracterización de su contexto de aparición, las comunidades construyen la representación de la necesidad escatológica de su existencia, como un producto de la voluntad de la divinidad de responder a las demandas de los hombres en una realidad específica. Así, la Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino y el Instituto del Verbo Encarnado cuentan sus orígenes como una respuesta a la desacralización del mundo moderno, pero también, y específicamente, a las “infiltraciones ideológicas materialistas” en la Iglesia Latinoamericana entre los años '60 y '70. La Renovación Carismática Católica se presenta como la solución espiritual frente a un mundo y a una Iglesia demasiado marcados por el poder de las estructuras sobre las manifestaciones espontáneas del espíritu de Dios. Y los Seminarios de Formación Teológica se consideran la encarnación de los principios del Concilio Vaticano II y de las asambleas episcopales de Medellín y Puebla en cuanto a la asunción eclesial de la “Opción por los Pobres”, luego del período de la dictadura argentina (1976- 1983), durante la cual las jerarquías de la Iglesia tomaron masivamente el partido de la violencia estatal. A partir de la caracterización de su contexto de origen, las comunidades afirman sus compromisos respecto de la realidad de la Iglesia, ubicándose en posiciones claramente definidas en el catolicismo argentino.

La cuestión de la autoridad está en el centro de la elaboración de los relatos de sentido. La base del trabajo de anamnesis, y de la proyección de este pasado en una construcción utópica, es la estructura de autoridad de la comunidad. En efecto, no hay elaboración de memoria que no se sostenga en el ejercicio de la autoridad religiosa. La creación de una tradición que funde autoridad justifica, por este acto mismo, la existencia del grupo, y la distribución del poder en su seno. El ejercicio del poder al interior de la comunidad reposa sobre la capacidad de sus dirigentes para elaborar una tradición que se postule como auténtica. Y aunque la gestión del poder dentro de los grupos se diferencie según los tipos de la comunidad, son las jerarquías del grupo quienes “dicen” la memoria autorizada, o en todo caso, quienes detentan en última instancia el poder regulador de la memoria. El trabajo de anamnesis es controlado por los cuadros superiores del grupo, que se legitiman con la designación de la “tradición verdadera”, es decir, por el establecimiento de los límites de lo que es posible creer en la comunidad en un momento determinado. La construcción de un relato de memoria que legitime la existencia del grupo en el catolicismo, y la elaboración de un relato utópico que le permita pensar su extensión en el tiempo, están en el centro de las producciones simbólicas de la comunidades. La elaboración de estos grandes relatos ofrece el marco necesario para recargar de un sentido trascendente las sociabilidades organizadas por el grupo, y para inscribirlas en una temporalidad religiosa. Las formas de sociabilidad de la comunidad toman de este relato mítico las fuentes de su legitimidad, y la base del consenso que suscitan.

Este arco tendido entre la memoria y la utopía permite también ofrecer a los sujetos católicos en busca de compromisos más profundos, un marco organizado y cargado de significaciones, que canaliza la consolidación de las pertenencias. El núcleo comunitario se presenta como un espacio de recalentamiento del lazo social, y como un lugar en el cual los individuos encuentran las claves de interpretación del mundo y de la existencia, al mismo tiempo que ofrece estructuras de participación y de compromiso. Los grupos católicos construyen así el dispositivo de organización comunitario a través de la inserción de los individuos en busca de compromisos en una comunidad que propone estructuras de sociabilidad propias, y que legitima sus estructuras por la elaboración de un relato de sentido. Este dispositivo comunitario, que se construye al interior de la institución católica, negocia con la Iglesia sus grados de autonomía y de inserción institucional. Los grupos negocian la tensión entre la conservación de los principios fundadores de la comunidad, y el imperativo de afirmar la pertenencia a la Iglesia, centro de su construcción en tanto que comunidad. Entre los riesgos de las derivas heterodoxas, de salida de la institucionalidad, y la proposición de sociabilidades católicas específicas con gran potencial expansivo, las comunidades católicas argentinas construyen un espacio social diferenciado, que ofrece a ciertos individuos una vía para reconstruir el lazo social en términos de catolicidad.

Ahora bien, la recarga identitaria que las comunidades operan en sus militantes refuerza los valores sostenidos por los grupos, y profundiza las pertenencias al catolicismo. Los militantes de los grupos son portadores de principios claros y definidos, y están dispuestos a exponerlos en la escena pública. La defensa de

estos ejes por los militantes transforma a estos grupos en movimientos que se proyectan hacia la sociedad, y que multiplican las tentativas de influenciarla. Así como la construcción de una estructura comunitaria de rasgos identitarios definidos, la elaboración explícita de una memoria es la base de un reposicionamiento en el espacio público. En efecto, el trabajo de memoria consolida las pertenencias al grupo, y reafirma las elecciones religiosas, sociales y políticas de éste. La proyección de las esperanzas y sueños de los grupos en un proyecto utópico de una sociedad otra, que empieza a ser vivida en el presente de la comunidad, y que va más allá de los límites que la modernidad acuerda a la esfera de lo religioso, está en el origen de un movimiento de expansión del discurso de las comunidades hacia otros espacios sociales. La proliferación de “pequeñas memorias comunitarias”, que superan los marcos impuestos por la memoria institucional católica, y que reclaman porciones de discurso y de autonomía frente a las jerarquías, está cada vez más presente en el espacio de los medios masivos de comunicación, en la utilización de los lugares comunes de la ciudad y en las manifestaciones públicas que sostienen intereses sectoriales.

### **Conclusiones: hacia un nuevo modelo de regulaciones sociales en el espacio católico**

El trabajo con los ejes temáticos del sujeto, la comunidad y la memoria, me ha llevado a concluir que el lazo social al interior del catolicismo se ve sometido a

nuevas condiciones de existencia que modifican las características que había asumido históricamente en el país.

El modelo de regulaciones sociales en el cual la Iglesia y el Estado desarrollan especularmente sus aparatos, destinados a cubrir la totalidad del territorio con una trama institucional y de sentido, enfrenta serias transformaciones. El esquema ideal de ejercicio de la autoridad centralizada y omnipresente, articulada por instituciones totalizadoras que se imponen uniformemente a los sujetos, deja el espacio a nuevas configuraciones sociales. Las grandes instituciones de sentido constatan un debilitamiento de su poder sobre los sujetos, y ya no son capaces de imponer regulaciones vividas como legítimas. En Argentina, el proceso de desmantelamiento del modelo de la *Nación católica* y de la estructura del Estado ha multiplicado los espacios sociales dentro de los cuales las regulaciones universalistas propuestas antes por el Estado son reemplazadas por una privatización de las normas y de los marcos reguladores. El proceso de disolución de la autoridad centralizada genera la proliferación de ámbitos específicos en los cuales se concentra el lazo social, creando así espacios de sociabilidad intensa.

En el campo católico, lo que aparece claramente es la imposibilidad de la institución para sostener eficazmente las normas que ella misma postula. Si bien los principios cristianos de vida no han desaparecido de la vida social, la masa de fieles católicos demuestra un apego mínimo a los mismos. Ahora bien, esta pérdida de influencia de la Iglesia católica respecto del control centralizado de su feligresía no implica ni la disolución de la institución, que sigue jugando importantes roles en la escena pública, ni la baja de los niveles de pertenencia

nominal a la Iglesia: la gran mayoría de los argentinos siguen definiéndose como católicos. Sin embargo, esta pertenencia enunciada al catolicismo no se estructura más sobre un modelo uniforme de control de los fieles que la institución no puede ya garantizar, y las formas de adhesión a la Iglesia se multiplican. Los intentos de retomar el control de parte de la institución no parecen estar asociados a un modelo uniforme impuesto al conjunto de los fieles, dado que los modos de ser católico se fragmentan, y se desarrollan tipos diferenciados de adscripción institucional, asociados a formas singularizadas de gestión del lazo social.

La Iglesia católica enfrenta así un espacio social marcado por la tensión entre el polo de la individualización y el polo de la consolidación comunitaria: por un lado ella propone respuestas poco estructuradas a una población que no está dispuesta a aceptar, de todas maneras, regulaciones eclesiales en su vida cotidiana, y por el otro negocia la integración y la adscripción institucional de una serie de comunidades relativamente autónomas, nacidas en los márgenes de la institución, que postulan regímenes particulares a una parte de la feligresía católica.

Para enfrentar el polo de la individualización, la Iglesia genera respuestas modulables, que dependen en gran medida del especialista religioso que asume el cumplimiento de las directivas. Así, es posible identificar entre los especialistas religiosos actitudes diferenciadas respecto de la comunión de los divorciados, del bautismo de los hijos de parejas casadas en segundas nupcias, de la utilización de preservativos y de la planificación familiar. Las respuestas a las situaciones particulares son plurales: desde el sacerdote que



expulsa de la comunidad parroquial a las parejas que tuvieron relaciones pre-matrimoniales, a los eclesiásticos que trabajan con organizaciones no gubernamentales dedicadas a la prevención del sida, las tomas de posición son múltiples, y a veces incluso opuestas. Respuestas modulables frente a demandas individualizadas parece ser la clave del funcionamiento de una institución que sigue estando extensivamente instalada en el territorio nacional.

El otro de los polos, el de la comunidad, presenta, a la inversa de las mallas abiertas de la trama antes descrita, nudos de sociabilidad intensa. Las comunidades católicas proponen un sistema de regulaciones que los sujetos que reivindican su adhesión cumplen estrictamente, hecho que se vuelve posible gracias a que los individuos afirman su pertenencias a los grupos por elección voluntaria y no solo por herencia. Estos grupos definen sus espacios propios al interior del catolicismo, y ofrecen a sus miembros un lugar cargado de sentido para enfrentar la inseguridad ontológica en la que éstos dicen haber estado inmersos anteriormente. Las comunidades católicas nacen a partir de un grupo fundador, o de un líder, que enfatizan ciertos rasgos específicos, que generalmente los llevan a cuestionar uno o más rasgos de la gestión eclesiástica de la los bienes de salvación.

La existencia misma de estas comunidades que delimitan sus fronteras al interior de la Iglesia, reivindicando siempre su pertenencia institucional, muestra un desplazamiento del centro de gravedad de las definiciones identitarias, que pasan de la institución totalizadora a la comunidad de tendencias autorregulatorias. La aparición de estos nuevos espacios sociales implica el refuerzo de los lazos comunitarios en lugares concretos, y acarrea consecuencias

relacionadas con la des-totalización del territorio y con la des-colectivización de los lazos que unen al sujeto con la sociedad. La emergencia de comunidades diversificadas al interior del catolicismo marca en efecto un proceso de desinstitucionalización, fruto de la fragmentación de la identidad católica global sostenida por la Iglesia. Los fieles de las comunidades católicas han decidido superar su adhesión al catolicismo en general, y se comprometen en una militancia activa en una comunidad determinada. Este compromiso es transformado por la comunidad en un imperativo que se impone a los sujetos, cargándolos de responsabilidades respecto del grupo. El fiel individual establece lazos específicos con su comunidad particular, y es en el ámbito comunitario donde tiene que dar cuentas en caso de incumplimientos de sus deberes éticos.

Las relaciones entre la comunidad y las jerarquías eclesiales no están signadas, en general, durante los primeros tiempos, por la aceptación: las jerarquías desconfían de los grupos que impiden el control directo de los creyentes. Pero más tarde, estas formas de comunalización, que no han nacido de la iniciativa de las jerarquías (como sí lo fue, por ejemplo, el caso de la Acción Católica Argentina), sino de la periferia del poder eclesial, son retomadas por el episcopado y relegitimadas en un nuevo molde de gestión y de perduración institucional. Comunidad e institución establecen acuerdos (más o menos formalizados) de convivencia, que implican la cesión de porciones de autonomía de parte de los grupos, y la renuncia de la institución a establecer un control demasiado estricto al interior de las comunidades. La Iglesia intenta, así, articular una propuesta unificada admitiendo en su seno, e

institucionalizándolas, formas de sociabilidad heterogéneas propuestas por las comunidades nacidas en los márgenes de la institución

---

<sup>1</sup> El presente trabajo resume los puntos principales de la tesis en Sociología de Verónica Giménez Béliveau, defendida el 4 de marzo de 2004 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

<sup>2</sup> Me refiero a los movimientos eclesiales como el Opus Dei, la Legión de María, Comunión y Liberación, los Focolares, la Renovación Carismática Católica, el Movimiento Apostólico de Schoenstatt, los Seminarios de Formación Teológica, la Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino, los Legionarios de Cristo, entre otros.